

Espacio Universitario Europeo

Comienza un nuevo curso en las Universidades andaluzas y, por fin, se ha hablado en los discursos de apertura de algo trascendental que venía manteniéndose casi oculto hasta hace pocos meses: la reforma en profundidad que todas han de acometer para cumplir los acuerdos sobre el “Espacio Europeo de Educación Superior”.

Como ya ocurrió en el caso del euro, y en otros muchos temas importantes, por desgracia –o, más bien, como estrategia planificada-, casi sólo se habla de cuestiones anecdóticas o periféricas. Se pretende centrar nuestra atención en las horas de clases y trabajo personal de los alumnos que equivaldrán a un “crédito europeo” y en el hecho de que los títulos, pongamos por caso de Veterinaria, obtenidos en Córdoba o en Helsinki facultarán para trabajar, o dar clases, sin más, tanto en Andalucía como en Finlandia (lo cual no debería ser tan obvio, dada la diferencia de especies animales, sistemas agrolimentarios, costumbres y, por tanto, problemas, que existe entre ambos lugares, que exigirían, junto a conocimientos comunes, otros sin duda específicos).

En nuestras universidades, los devotos de la unicidad y la homogeneidad están de enhorabuena. Algunos, incluso, quieren avanzar más rápido todavía en la “convergencia” y defienden abiertamente que los profesores “de calidad” sólo deberían escribir sus libros y artículos en inglés, idioma en que habrían también de presentarse las tesis doctorales. Si algún lector cree que esta actitud –que no refleja universalismo sino un peligroso cocktail de catetismo y pensamiento colonizado- carece de base, le informo que los méritos para la concesión de “sexenios” de investigación están cada vez más relacionados con publicar en ciertas revistas y editoriales, indefectiblemente en inglés, y sobre temas que ingleses y, sobre todo, norteamericanos consideren relevantes.

La consabida retórica de “derribar fronteras”, de “construir una sociedad europea del conocimiento” y otras frases por el estilo están escondiendo el verdadero objetivo de la que va a ser la más importante reforma de nuestras universidades desde la segunda mitad del siglo XIX: ponerlas al servicio directo del Mercado, eliminando su dimensión reflexiva y crítica o reservando esta a selectas minorías. Desaparecen los segundos ciclos de las actuales Licenciaturas, por lo que estas van a homologarse, prácticamente, a las Diplomaturas –serán el *Bachelor* de los norteamericanos- y se pasará directamente a los dos años del actual Tercer Ciclo, que va a denominarse *Master*. La reducción de los estudios provocará, indefectiblemente, un empobrecimiento de la formación y un énfasis en los aspectos instrumentales y practicistas –algo muy distinto a la necesaria combinación entre teoría reflexiva, métodos y técnicas para conducir adecuadamente la práctica-, con lo que los estudios de grado universitarios serán una especie de FP-4. Eso sí, con títulos pomposos: ¿qué les parece unas Licenciaturas de Ciencias de la Fontanería, de Etiquetado para las Rebajas o de Asesores de quiosqueros? No sería extraño, dado que ya hoy existen, por ejemplo, licenciaturas de “Ciencias” (?) del Deporte y hace tiempo los peritos fueron titulados arquitectos o ingenieros técnicos, como reflejo del poder mágico que las palabras ejercen sobre la realidad.

Cuanto responda a las “necesidades del Mercado” va a tener sitio, mientras desaparecerá, o quedará como adorno de lujo, todo aquello que no tenga una directa ubicación en aquel. ¿Y no sería, precisamente, una de las funciones de la Universidad preguntar y analizar en voz alta quiénes definen esas “necesidades”, sobre qué bases y al servicio de qué intereses? La Inquisición del Mercado –como hace siglos la de la Iglesia y luego la del Estado- determinará qué estudios permanecen, se incorporan,

desaparecen o pasan al limbo de lo minoritario y testimonial. Mucho me temo que no saldrán bien paradas aquellas disciplinas que desarrollan en los estudiantes su capacidad crítica, las que enseñan a preocuparse, e indagar, no sólo sobre el cómo sino también sobre el por qué y el para qué de lo que aprenden y luego van a desarrollar profesionalmente.

Buenos especialistas técnicos polivalentes, pero sin cerebro para pensar, es el producto que las fuerzas, intereses y grupos que gobiernan el Mercado y controlan las instituciones políticas demandan hoy de la universidades públicas. Otros productos, en relación con tareas de dirección y *gobernanza*, serán fabricados en universidades o postgrados de titularidad privada, férreamente adictos a las doctrinas neoliberales. A esta reestructuración en profundidad van a cooperar, desde dentro de las universidades, los seguidores del pensamiento único dominante y quienes reflejan una bobaliconería insalvable ante cuanto se presente como “moderno”. A otros muchos, la cuestión no les preocupa, salvo en lo que pueda afectar a su estatus personal y capacidad de influencia. Pero, ¿qué haremos quienes pensamos que la Universidad no debe ser sólo una fábrica de títulos de segunda categoría, ni el lugar donde se realicen investigaciones a bajo precio para ahorrar dinero a las empresas, sino una comunidad de profesores-investigadores y estudiantes en la que se produzca y transmita el conocimiento y la crítica del conocimiento, al servicio de la sociedad? Al menos, no dejarnos engañar por las baratijas retóricas con las que se pretende que colaboremos a la destrucción de este modelo de universidad, a la vez universalista y comprometido con cada sociedad concreta, que, sin duda, ya hoy dista mucho de estar plasmado en la realidad pero al que rehusaríamos definitivamente si aceptamos el que quieren imponernos los globalizadores mercantilistas revestidos de “europeísmo”.

ISIDORO MORENO

Catedrático de Antropología de la
Universidad de Sevilla

Para *Diario de Sevilla* y Grupo Joly

6-10-2003